

→ MANZANOS, J., *Bypass hacia la interioridad. Una experiencia envolvente. Un aprendizaje personal y en familia*, Khaf, Madrid, 2016, 287 pp.

No hace falta mucho para constatar que, desde hacer algunos años, el proceso de interiorización está de moda. Es quizá, parafraseando uno de los últimos títulos del sociólogo Peter Berger, una muestra de los múltiples altares de nuestra modernidad, porque, como suele ponerse de manifiesto, y esta publicación no se libra de ello, la interioridad puede escapar, y de hecho escapa, de lo religioso. Sobre la interioridad se organizan congresos, se establecen talleres y, cómo no, se publican libros. Uno de los ámbitos donde se verifica un mayor resurgir del interés por ella es, precisamente, el campo educativo, hasta el punto de que muchos colegios han perfilado su itinerario sobre ella e incluso diversas editoriales educativas han lanzado al mercado su propuesta. No debe extrañar esta toma de postura debido a

la reivindicación de una novena competencia en la escuela, la inteligencia espiritual. Y todo ello por la sencilla razón de que, en una sociedad cambiante, el requerimiento agustiniano se torna actual: el hombre de hoy necesita tiempos y espacios para dotar de profundidad a su existencia y combatir así las transformaciones vertiginosas que nos acechan. Este es el contexto en el que se mueve Josean Manzanos, padre, profesor, autor y pedagogo de la interioridad entre alumnos y padres, como bien refiere el subtítulo de esta obra. No en vano a él se debe el proyecto educativo sobre la interioridad *En ti*, publicado por la editorial Edelvives.

Su obra vendría a ser una sistematización de toda su labor pedagógica, con el deseo de “presentar un itinerario para trabajar la interioridad como adultos y en la cotidianidad del hogar como padres y madres”. Su experiencia en las aulas le ha hecho gustar los efectos positivos de las ‘aulas de interioridad’ entre niños, adolescentes y jóvenes, y es consciente de que dichas aulas tienen que trasladarse del colegio al hogar, para que, embebiéndose de esta experiencia, los progenitores refuercen en casa lo que con tanto esfuerzo se construye en el cole. De ahí su insistencia en que, para transmitir lo que se contiene en este libro, primero haya que vivirlo. En su fundamentación, Josean trabaja también con un segundo presupuesto: si se quiere actuar con efectividad, se requiere conocer a las nuevas generaciones, que muy sintéticamente describe como proactivas, dinámicas, experienciales, universales, encandiladas por la imagen y libres y fluidas. En tercer lugar, como igualmente recoge el subtítulo, explica su propuesta, que denomina ‘experiencia envolvente’ o ‘educación envolvente’, es decir, aquella que se desarrolla a manera de espiral, desplegando la realidad que la persona girando sobre sí misma. De ahí que este proyecto conste de 365 dinámicas (pues la ejercitación en la interioridad debe ser una ‘rutina diaria’ en el buen sentido de la formulación), distribuidas conforme al ritmo estacional –dado que las estaciones influyen en el ser humano y propician un dinamismo sustentado en la liberación y el desapego (otoño), la quietud e introspección (invierno), la renovación y el despertar (primavera) y la inspiración e irradiación (verano)–. Cada tiempo señalado se divide en doce vías de acceso (equivalentes a doce semanas), de modo que el ritmo estacional se acompasa con el semanal, habida cuenta de que cada semana se deben ejercitar las siete claves de experimentación que ayudan al ser humano en esta pedagogía (atención consciente, percepción silenciosa, ser respirando, espacio corporal, modulación emocional, desplegar creativo y

corazón compasivo). Como buen pedagogo y como si de una programación de curso se tratara, cifra el organigrama de actividades en las pp. 54-56.

Conviene señalar que, para concluir cada estación, Josean propone tres actividades de peculiar importancia, como son: las sesiones espejo (muy flexibles, que permiten ver las transformaciones acontecidas en nuestro ser y replantear experiencias que no se hayan vivido bien), las resonancias (a manera de diario) y los gestos, que recogen y significan en familia los solsticios de invierno y de verano y los equinoccios de primavera y otoño. Amén del rico y útil material aquí ofrecido, hay que agradecer a la editorial su cuidado de la edición, empleando papel satinado y acompañándola con una atrayente maquetación. – Enrique Gómez

➔ INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *El rostro del sufriente nos interpela*, Khaf, Madrid, 2016, 207 pp.

La presente publicación recoge las sesiones monográficas del curso académico 2015-2016 celebradas por el Instituto Superior de Pastoral de la Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid. Como no era menos de esperar, dado el establecimiento del año de la misericordia, dicho curso versó sobre esta realidad, uniéndose así a dicha efemérides. Aun con todo, el título elegido denota un significativo desplazamiento a la hora de afrontar el tema, que quizá ha resultado manido debido a la extralimitación editorial: el acento se pone en la miseria real, de forma que la misericordia ha de significar la existencia de quienes se sienten interpelados por los rostros sufrientes de nuestro hoy y adoptan las medidas pertinentes para revertir dichas situaciones de sufrimiento. Los seis ensayos que componen la obra abordan los aspectos de la misericordia a los que nos han acostumbrado las múltiples publicaciones al respecto: el problema de la teodicea, sus relaciones con la justicia, su dimensión cristológica, el diálogo interreligioso, su aplicación pastoral conforme a la acuciante cuestión de los matrimonios deshechos y, cómo no, su vivencia sacramental. Pero, como digo, el hecho de haber primado un determinado *analogado principal* de miseria permite que el enfoque de estos aspectos tan socorridos resulte, en cierta medida, novedoso, aunque falto de profundización.

En un primer momento, J. A. Estrada se acerca al rostro del Dios cristiano pasando de una teología de la gloria (reflejada en el AT) a una teología de la cruz (querida por el NT) y del yo independiente al rostro del

sufriente, pues existe una relación intrínseca entre teología y antropología y las visiones antropológicas inciden en una determinada comprensión de la divinidad y de la salvación. La clave de estos movimiento es bien sencilla, en la lógica del autor: múltiples imágenes de Dios con las que jugamos cada día se sustentan en una idea de omnipotencia que no solo resulta ambigua, “sino peligrosa, porque está vinculada a las manifestaciones usuales de poder”, que han generado una pastoral del temor y del individualismo; sin embargo, el rostro del Dios que se refleja en el Crucificado debe cambiar nuestro lenguaje sobre él y nuestras expectativas salvíficas: “Asumir la cruz como clave de revelación de Dios implica una revolución epistemológica y ontológica en la religión”, que dice misericordia, índole revelatoria de cada sufriente histórico e impotencia divina –u omnipotencia del amor que requiere ayuda por nuestra parte (E. Hillesum)–. Como dije en su momento, en el trasfondo se advierte la polémica sobre la imposible teodicea.

Por su parte, García Paredes aborda los sacramentos como vehículos de la misericordia divina. A diferencia de la línea argumental que ha predominado en las publicaciones emanadas durante el Año de la Misericordia, demasiado centradas en el ‘sacramento del perdón’ y en el agente de dicho sacramento, el teólogo claretiano aborda los denominados sacramentos de curación (unción de los enfermos y reconciliación), corrigiéndole la plana, por decirlo de alguna manera, al papa Francisco, pues, además de no centrar la misericordia en este último, reclama para él la recuperación de su índole comunitaria e incluso social. Ambos sacramentos le permiten bucear en las obras de misericordia corporales (con las que empieza, corrigiendo asimismo errados enfoques sobre la misericordia) y espirituales. Pero no se debe olvidar que el autor subraya como raíz de la misericordia la realidad trinitaria de Dios; que nos hallamos ante una actitud humana que no se circunscribe al sentimiento, sino que implica decisión; y que su vivencia hoy puede implicar la búsqueda de símbolos que digan algo al hombre de hoy o el replanteamiento de si solo los presbíteros pueden ser oasis de misericordia (por lo que al sacramento de la unción se refiere), y la ampliación de su onda expansiva a una seria pastoral de la salud y de la reconciliación, con lo que ello implica para los cristianos en el día a día.

A Elisa Estévez le corresponde el tema quizá más divulgado: la reflexión sobre la misericordia a la luz de Jesús de Nazaret. Aun así, su discurso engancha rápidamente. Diversos pasajes evangélicos le sirven de guion en la primera parte. Comienza con la vulnerabilidad expresada en Filipenses y

continúa con la marginalidad que caracterizó a Jesús, reivindicando desde la imagen del buen samaritano el rostro de los otros. Salta posteriormente a la imagen del buen pastor, del padre misericordioso y del desconcertante dueño de la viña. Repiensa lo dicho en la segunda parte de su artículo presentando la misericordia como abrazo y reconocimiento del sufriente; es decir, como ejercicio de reconocimiento y de establecimiento de vínculos recíprocos, tal como se desprende: de los encuentros sanadores de Jesús a través de palabras y contactos (palabra); de las curaciones inclusivas y subversivas (manos); de las miradas imprescindibles para posibilitar la compasión; y de los pies que se desplazan para solventar la situación de sufrimiento. Finalmente, dedica un tercer apartado a la comunión de mesa con los marginados sociales y los gentiles, reivindicando a través de ella el cuidado de los extraños y diferentes como dinámica de urgencia necesaria para nuestra sociedad.

Dado el magisterio y la reflexión profunda que ha caracterizado a Martínez Gordo al repensar la misericordia en el ámbito de la pastoral familiar, no extraña que a él se le encargue esta temática a la par de la repercusión que, sobre el tema, puede derivar de los recientes sínodos. Es verdad que su aportación se centra en algunas claves para entender el giro que está propiciando el ‘factor Francisco’ (con esa nueva manera de ejercer el magisterio de una forma descentralizada, garantizando el disenso de opiniones y sustentando un diálogo que busque convencer más que vencer) y en una lectura muy somera de los números 84-86 del texto sinodal, y que, por consiguiente, está fuera de él un análisis de la exhortación *Amoris laetitia*. Pero sitúo lo más valioso de sus palabras en ese reclamo de una reforma a fondo de la organización eclesial en clave de conversión: urge repensar tanto la organización y el gobierno eclesiales como el mismo papado.

La teóloga judía Verónica Nehama enriquece la obra con su visión interreligiosa, tanto desde la perspectiva judía como musulmana, presentando una dimensión más altruista y visceral de la misericordia y sosteniendo que esta, “como atributo divino y mandato humano, puede considerarse un punto de convergencia entre las religiones monoteístas”.

Finalmente, Rodríguez Teso estudia la relación misericordia-justicia y el popular antagonismo que la ha solido caracterizar a la luz de ciertas exégesis de la Carta de Santiago. Toma como base MV 20-21, que lee a partir de su sentir objetivo, y resitúa el concepto de justicia desde el principio de la libertad divina como ajusticiamiento: como vuelta a ajustar lo roto, de

forma que la justicia no atañe tanto a lo que haga el hombre cuanto al querer divino para el hombre. Según esto, la justicia no es previa a la misericordia, sino el resultado final de un proceso, marcando aquella su camino. También refiere el perdón como elemento constitutivo de la misericordia y presenta el ámbito social como el propio para su desarrollo en pro de las víctimas. Concluye su aportación con una experiencia concreta de búsqueda de justicia social: la de la Cañada Real. Sobre la edición, siempre tan cuidada por la editorial Khaf, tan solo señalar que la afea el uso de negritas en el texto. — *Enrique Gómez*



URIAS, S., *El sabor del silencio*, Editorial Khaf, Madrid 2017, 167 pp.

El autor es el sacerdote de la parroquia de San Millán y San Cayetano, en el madrileño barrio de Lavapiés; hay que leer el retrato que de él hace su profesor de Historia de la Iglesia Juan María Laboa, y también el bello testimonio de Dolores Aleixandre que cambia el título de *sabor* por *rumor*, para entender el significado de las breves pinceladas sobre el sentido del silencio que el autor va trazando en estas páginas, en una edición muy cuidada y bellamente presentada. Reflexiones que no son para leerlas de un tirón, sino para ir una por una meditándolas sin prisa, con sosiego, gustándolas para saborearlas. Contiene dos parábolas, “que nos acercan a la pedagogía de Jesús”, una al comienzo para gustar el sabor del silencio, encabezada por un bello texto del *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, y otra al final para refrescar el desierto con la brisa, encabezada por una sentencia de los Padres del Desierto. El cuerpo del libro, titulado *Gustando la vida* con una sentencia de la Sabiduría de los Padres del Desierto: “El silencio es el arte de estar uno totalmente presente, de meterse sin prejuicios en la soledad”, consta de noventa pequeñas reflexiones, “tan sencillas como el tiempo que nos recorre”, de una página o dos, para concluir, tras la parábola del desierto, con un decálogo del silencio, presentado con un texto

REVISTA DE HISTORIA  
ECONOMÍA, 82  
SALAMANCA

vol. 51, año 17, n. 2-3